

LA DOBLE DETERMINACIÓN TEMPORAL EN *EL LICENCIADO VIDRIERA*

José Manuel Martos

¿Cuál es la disposición temporal del relato? ¿Cuál es la relación que establecen entre sí la secuencia del relato y la cronología de la acción? Si es verdad que «la conciencia del tiempo fundamenta los cauces narrativos»,¹ pocas interrogaciones se nos imponen de manera tan perentoria, por cuanto su dilucidación contribuye a facilitar nuestra comprensión de la obra literaria y, en consecuencia, a enriquecer nuestra lectura. Nuestros cauces narrativos son ahora los de *El licenciado Vidriera*.²

El licenciado Vidriera es la historia de una vida que, como todas las vidas humanas, sigue un curso biológico lineal en el que destacan unos episodios de interés sobresaliente (los que llevan al personaje a ser el que es) perfectamente deslindables. El relato se inicia con el nacimiento o salida o enfrentamiento al mundo del protagonista y se cierra con su muerte. Estos dos puntos cardinales entre los que discurre la narración del relato nos ponen ya en nuestras interrogaciones del comienzo: el contraste entre la determinación de la edad del joven Tomás Rodaja cuando decide enfrentarse con el teatro del mundo («un muchacho de hasta edad de once años» [p. 103]) y la indeterminación de la edad del soldado anónimo³ que muere en los tercios de Flandes («y se fue a Flandes [...]

1. Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica, 1985, p. 209.

2. Las citas de esta novela están tomadas siempre de Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares* (ed. J.B. Avallé Arce), Madrid, Castalia, 1985², 101-144. Por otro lado, las páginas de erudición y crítica que más me han servido en la elaboración de este trabajo son las siguientes: J.B. Avallé Arce, «Conocimiento y vida en Cervantes», en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, 17-72 (53-58); Frank P. Casa, «The structural unity of *El licenciado Vidriera*», *BHS*, XLI (1964), 242-246; Joaquín Casaldueño, *Sentido y forma de las «Novelas ejemplares»*, Madrid, Gredos, 1974², pp. 137-149. Francisco García Lorca, «*El licenciado Vidriera* y sus nombres», en *De Garcilaso a Lorca*, Madrid, Istmo, 1984, 123-138; Jacques Joset, «Bipolarizaciones textuales y estructura especular en *El licenciado Vidriera*», en M. Criado de Val (ed.), *Cervantes. Su obra y su mundo: Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, Edi-6, 1981, 357-363; Julio Rodríguez-Luis, *Novedad y ejemplo de las «Novelas» de Cervantes*, I, Madrid, Porrúa, 1980, pp. 193-210; José Ramón Sampayo Rodríguez, *La locura del licenciado Vidriera*, Kassel, Reichenberger, 1986. Para el sentido epistemológico de la vida humana, véase José Ortega y Gasset, «A "Veinte años de caza mayor" del conde de Yebes», en *Obras completas*, tomo VI, Madrid, Revista de Occidente, 1947, 420-490.

3. J. Joset, art. cit., p. 358. La idea ya había sido apuntada muy de pasada por J.B. Avallé Arce, art. cit., p. 56.

dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado» [p. 144]). Ésta es, pues, la muestra más palmaria de una parte del problema, que, enunciado en términos generales, estriba en el contraste (o, si se prefiere, la bipolarización)⁴ temporal de los sucesivos episodios de la novela: unos están determinados, los otros no. Otra parte del problema atiende a la relación asimismo contrapuesta entre ese tiempo —determinado o no, extenso o no— y el espacio que el narrador le dedica⁵ y su integración en el sentido global del relato.

Podemos decir, porque así parece quererlo el narrador, que el licenciado Vidriera es la conjunción infeliz de letras y viajes. El ideal de vida que anunciaba Don Quijote era, precisamente, éste: la lectura y la vista y visita de muchos lugares hacen sabios a los hombres. Sigue, pues, la vida del licenciado un camino que lo debiera conducir presumiblemente hasta la perfección; muy al contrario, su destino se trunca por causas inevitables y ajenas a su voluntad. Pero ese camino de aprendizaje, que habría de llevarlo a ser el loco cuerdo licenciado Vidriera, está señalado por una desproporción temporal, modelada por el narrador con afán no tendencioso pero sí preferente, que atiende al fin y al final de la novela: las armas pueden a las letras, que es, como ya sabemos, una de las obsesiones de Don Quijote.

El relato de los ocho años (referencia explícita) de servicio de Tomás Rodaja a los estudiantes malagueños ocupa muy poco espacio en la narración; son casi pura cronología para referirse a uno de los periodos más importantes de la intrahistoria del protagonista. Después, una estancia en Málaga con motivo de unas vacaciones se prologa «algunos días» (p. 105), episodio que dura poco tiempo y en el cual no se detiene el narrador; sin embargo, este viaje a Málaga es fundamental en el desarrollo de la acción porque provoca (por las ganas de Tomás Rodaja de incorporarse de nuevo a sus estudios) el encuentro con el capitán Valdivia: es decir, el viaje por Italia y Flandes, las armas y la muerte del protagonista. Las letras, pues, son el elemento fundamental en la formación de Tomás Rodaja, no sólo por el tiempo que dedicó a ellas (a los ocho años del comienzo añade una graduación «de licenciado en leyes» [p. 115]), sino también por la importancia que les otorga éste (pensaba honrar a sus padres con sus estudios y para acabarlos abandona la vida viajera). ¿Por qué el narrador apenas se detiene en darnos más detalles de los avatares estudiantiles de Tomás Rodaja? Parece tener prisa, ir a la carrera. Nada más lejos de la realidad. Los dos lustros que ocupan sus estudios contrastan con la breve duración cronológica del viaje a Italia y Flandes —de algo más de un mes—, aunque el narrador silencia el tiempo exacto; sin embargo, al hilo de esta aventura sí se le escurren algunas referencias precisas, que conviven con una mayoría de indeterminadas, a saber: embarque en Cartagena (pensemos en el diálogo que mantienen Don Quijote y el muchacho

4. J. Joset, art. cit., pp. 360 ss.

5. Los estudios narratológicos más recientes distinguen, para la contraposición del tiempo de la acción con la velocidad del enunciado verbal, entre *elipsis*, *pausa*, *escena* y *sumario*. Pudiera ser un buen modelo para el análisis que venimos haciendo de *El licenciado Vidriera* en este artículo. Véase, para este modelo de análisis narratológico, Gérard Genette, «Discurs du récit», en *Figures III*, París, Seuil, 1972, 62-282.

que va a Cartagena para embarcarse a la guerra [*Quijote*, II, 24]); llegada a Génova («trasnochados y mojados»; p. 109); dos días en Génova «y en cinco llegó a Florencia» (p. 111), donde estuvo «cuatro días» (p. 111); un mes en Venecia, y un tiempo indeterminado en Flandes, antes de «volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios» (p. 114). La pluma del narrador camina más pausadamente, muestra un mayor interés por los detalles, en este episodio, lo que contrasta con la rapidez con que se desentiende de un periodo de mayor duración cronológica y verdaderamente decisivo en la formación del talante del licenciado Vidriera. Podemos entender la locura cuerda de éste sin el viaje, pero es inimaginable que el protagonista pergeñe unos razonamientos, a cual más sabio, sin esos muchos años de estudiante aplicado.

«Seis meses estuvo en la cama Tomás» (p. 117). La referencia es precisa. Durante ese tiempo, Tomás, acabados estudios y viaje, está convaleciente. Tras un periodo de encierro sale a la calle. Es ya Vidriera. En ese periplo callejero, en el que ejerce de moralista ejemplarizante, duró «dos años o más» (p. 142). Del mucho tiempo que ocupa este episodio, que es el epicentro de la novela, pues de él dependen los episodios anteriores y los posteriores (es decir, todo lo que se nos ha dicho y lo que se nos dirá), aquél no alcanza un despliegue narrativo extenso si no es en función de los pocos ejemplos que sí logran ese desarrollo a expensas del marco general en el que están incluidos. El tiempo —por supuesto, indeterminado— que sirve de cauce para los ejemplos parece estar regido por una proporción fija, la de uno por día (las fórmulas temporales utilizadas para presentar esos ejemplos *un día* y *una vez* no pueden ser más indeterminadas): «Vio un día en la acera de San Francisco unas figuras» (p. 125), «Arrimóse un día, con grandísimo tiento, porque no se quebrase, a la tienda de un librero» (p. 125), «Acaeció ese mismo día que pasaron por la plaza seis azotados» (p. 126), «Topó una vez una tendera» (p. 134), «Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante» (p. 134), «De los diestros dijo una vez que eran maestros» (p. 136), «Una vez contó que una doncella discreta» (p. 137), «Estando un día en una iglesia» (p. 140), «Picábale una vez una abispa en el cuello» (p. 140). Por lo tanto, de esos más de dos años de enfermedad sólo conocemos una pequeña muestra, que no llega siquiera a la docena de casos escogidos por el narrador (y que muy bien pudieron ser otros).

El narrador no escatima detalles de las peroratas (que no sabemos cuánto tiempo ocupan con exactitud, pero, en cualquier caso, muy poco de esos dos años de enfermedad) del licenciado Vidriera, se entretiene en ellas, acumula datos que dice por extenso y que sólo tienen sentido en función de aquellos años de estudios que el narrador despachó a vuelapluma. Pensemos, acaso, que la inacabable sarta de burlas y pullas que profiere el licenciado contra los que se teñían las barbas era lugar común en la literatura de la época; así, es fácil encontrar ejemplos semejantes en textos como el *Guzmán de Alfarache*⁶ de Mateo Alemán o la *Perinola*⁷ de Francisco de Quevedo.

6. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (ed. J.M. Micó), II, Madrid, Cátedra, 1987, segunda parte, I, 3, p. 76.

7. Francisco de Quevedo, *Perinola*, en *Obras festivas* (ed. P. Jauralde Pou), Madrid, Castalia, 1981, pp. 175 ss.

La relación entre la secuencia del relato y la cronología de la acción es de contraste. En primer lugar, por el breve desarrollo de algunos de los episodios que ocupan un tiempo cronológico mayor y que son más importantes en el sentido global de la novela. En segundo lugar, por la determinación de unos episodios frente a la indeterminación de otros. (El juego de contraste es también temático: cordura-locura, muerte-vida, armas-letras, amor loco-amistad.) La estructura narrativa de *El licenciado Vidriera*, pues, no es tan sencilla como a menudo se cree. No sólo por la complicada estructuración cronológica, que como hemos visto no liga demasiado bien con el hilo argumental, sino y sobre todo por el control que ejerce el narrador sobre el protagonista, incluso en lo que atañe a lo que éste piensa: «[...] haciendo consigo en un instante un breve discurso [...] que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años» (p. 107), coincide con lo que el narrador nos había dicho poco antes: «con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años» (p. 105); o en el nombre del licenciado Tomás Rueda: «En la *rueda* de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo» (p. 131), dice el narrador, y en el momento de anunciar su nuevo nombre explica que «le acabaron de *circundar* cuantos en él estaban. Él, viéndose con tanta turba a la *redonda*, alzó la voz» (p. 143).